

EXAGERÓ LA NOTA

ANTÓN CHÉJOV

POEMAS

RUBÉN VELA



*Cuentos cortos
para el verano*

“Exageró la nota” de Antón Chéjov (1860-1904)

“La muerte y el olvido” y “Maneras de luchar” de Rubén Vela

En *Rubén Vela - Obra poética 1953-2004*, Ensayos Críticos, Editorial Vinciguerra. 2006

© Rubén Vela

Imagen de tapa: Archivo Campaña Nacional de Lectura

Diseño de tapa y colección: Campaña Nacional de Lectura

Colección: “Cuentos cortos para el verano”

Ministerio de Educación

Unidad de Programas Especiales

Campaña Nacional de Lectura

Pizzurno 935. (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires. Tel: (011) 4129 1075

campnacionaldelectura@me.gov.ar - www.me.gov.ar/lectura

República Argentina, 2007

EXAGERÓ LA NOTA

ANTÓN CHEJOV



La finca a la cual se dirigía para efectuar el deslinde estaba a unos treinta o cuarenta kilómetros, que el agrimensor Gleb Smirnov Gravrílovich tenía que recorrer a caballo. Se había apeado en la estación de Gñilushki.

(Si el cochero está sobrio y los caballos son de buen tranco, pueden calcularse unos treinta kilómetros; pero si el cochero se ha tomado cuatro copas y los caballos están fatigados, ha que calcular unos cincuenta.)

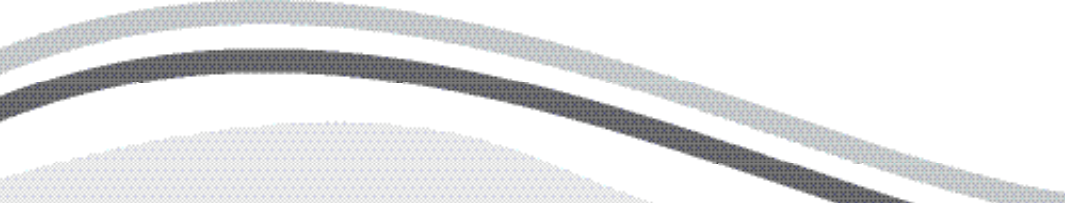
–Disculpe, señor gendarme, ¿podría decirme dónde puedo encontrar caballos de posta? –le preguntó el agrimensor al gendarme de servicio en la estación.

–¿Cómo dice? ¿Caballos de posta? Aquí no hay un perro decente en cien kilómetros a la redonda. ¿Cómo quiere que haya caballos? ¿Tiene usted que ir muy lejos?

–A la finca del general Jojotov, en Devkino.

–Intente en el patio, al otro lado de la estación –dijo el gendarme, bostezando–. A veces hay campesinos que llevan pasajeros.

El agrimensor suspiró y, malhumorado, pasó al otro lado de la estación. Después muchas discusiones y regateos, se puso de acuerdo con un campesino alto y recio, de rostro sombrío, picado por la viruela, que vestía un chaquetón roto y calzaba unas botas de abedul.



–Vaya carro –gruñó el agrimensor al subir al destartado vehículo–. No se sabe dónde está la parte delantera ni la trasera...

–Nada más fácil –contestó el campesino–. Donde el caballo tiene la cola es la parte de adelante y donde está sentado su señorita es la parte de atrás.

El caballo era joven, aunque muy flaco, abierto de patas y con las orejas caídas. Cuando el campesino, levantándose de su asiento lo azotó con el látigo, el caballo se limitó a sacudir la cabeza; al segundo latigazo, acompañado de una blasfemia, el carro rechinó y empezó a temblar como si tuviera fiebre. Después del tercer azote, el carro tambaleó; sólo después del cuarto, se puso en marcha.

–¿Crees que llegaremos a este paso? –preguntó el agrimensor, dolorido por las fuertes sacudidas y maravillado de la habilidad que muestran los carreteros rusos para combinar la marcha a paso de tortuga con sacudones capaces de arrancarle a uno el alma del cuerpo.

–¡Por supuesto! –respondió el carretero, en tono tranquilizador–. El caballo es joven y animoso... Cuando se pone en marcha, no hay modo de detenerlo. ¡Arre-e-e, maldi-i-i-to!

Cuando el carro salió del patio de la estación empezaba a oscurecer. A la derecha del agrimensor se extendía una llanura interminable, oscura y helada. Probablemente conducía al lugar donde Cristo dio las tres voces... En el horizonte, donde la llanura se confundía con el cielo, se extinguía perezosamente el frío crepúsculo de aquella tarde otoñal. A la izquierda del camino, en la oscuridad, se

alcanzaban a ver unos montones que indistintamente podían ser pilas de heno del año anterior que casas rurales. El agrimensor no veía lo que había delante, pues en aquella dirección su campo visual quedaba tapado por la ancha espalda del carretero. La calma era absoluta. El frío, intensísimo. Helaba.

"¡Qué parajes más solitarios!" pensaba el agrimensor, mientras trataba de taparse las orejas con el cuello del abrigo. "Ni un solo árbol, ni una sola casa... Si por desgracia te asaltan, nadie se entera, aunque dispares un cañonazo. Y el cochero no tiene un aspecto muy tranquilizador que digamos... ¡Vaya espaldas! Un tipo así te pega un trompazo que te saca el hígado por la boca. Y su cara es de lo más sospechosa..."

–Oye, amigo –le preguntó al cochero–. ¿Cómo te llamas?

–¿A mí me hablas? Me llamo Klim.

–Dime, Klim, ¿qué tal andan las cosas por aquí? ¿No hay peligro? ¿No hay quienes hagan bromas pesadas?

–No, gracias a Dios. ¿Quién va a gastar bromas en un lugar como éste?

–Me alegro de que no tengan esas intenciones. Pero, por las dudas, voy armado con tres revólveres –mintió el agrimensor–. Y, con un revólver en la mano, el que quiera buscarme las pulgas está arreglado: puedo enfrentarme con diez bandidos, ¿sabes?

La oscuridad era cada vez más intensa. De pronto el carro emitió un quejido, rechinó, tembló y dobló hacia la izquierda, como si lo hiciera de mala gana.

"¿A dónde me lleva este sinvergüenza?" pensó el agrimensor. "Íbamos en línea recta y ahora, de repente, dobla a la izquierda. Sabe Dios... quizás a alguna cueva de bandoleros... y... no sería la primera vez..."

–Escucha –le dijo al campesino–. ¿De veras no son peligrosos estos caminos? ¡Qué lástima! Con lo que a mí me gusta verme cara a cara con los bandidos... Aquí donde me ves, con mi aspecto flaco y enfermizo, tengo la fuerza de un toro... Cierta ocasión me atacaron unos bandidos. Pues bien, lo sacudí a uno de tal modo, que ahí quedó, ¿entiendes? Y los otros, gracias a mí, fueron enviados a Siberia condenados a trabajos forzosos. Ni yo mismo sé de dónde saco tanta fuerza... Tomo con una mano a un hombrón como tú... y lo volteo.

Klim miró de reojo al agrimensor, parpadeó y arreó al caballo.

–Sí, amigo –continuó el agrimensor–. Po bre del que se meta conmigo. Le arranco los brazos, las piernas y de postre, el bandido tiene que vérselas luego con los tribunales. Todos los jefes de policía y todos los jueces me conocen. Soy un funcionario del Estado, un personaje... La Superioridad sabe que hago este viaje... y está pendiente de que nadie se meta conmigo. A lo largo del camino, detrás de los arbustos, hay soldados y gendarmes apostados. ¡Para! ¡Para! –bramó súbitamente–. ¿Dónde te has metido? ¿Adónde me llevas?

–¿No tiene ojos usted? ¡Al bosque!

"Es cierto, al bosque" pensó el agrimensor. "¡Me había asustado! Pero no me conviene que este hombre se dé cuenta de mi preocupación... Ya se dio cuenta de que tengo miedo. ¿Por qué se vuelve a mirarme tantas veces? Seguro que está tramando algo... Antes avanzaba a paso de tortuga y ahora vuela."

–Oye, Klim, ¿por qué arreas de ese modo al caballo?

–Yo no hice nada. Se ha puesto a galopar por iniciativa suya. Cuando echa a correr, no hay modo de detenerlo... Con esas patas que tiene...

–¡Mientes, amigo! ¡Mientes! Y te recomiendo que no corras tanto. Frena un poco al caballo. ¿Me oyes? ¡Frénalo!

–¿Por qué?

–Porque... porque detrás de mí debían salir otros cuatro camaradas de la estación. Tienen que alcanzarnos... Prometieron alcanzarme en este bosque... El viaje será más entretenido con ellos... Son gente sana, fuerte... los cuatro llevan pistola... ¿Por qué te das vuelta tantas veces y te agitas como si tuvieras agujas en el asiento? ¿Eh? ¡Cuidado, amigo! ¿Tengo monos en la cara? Lo único que tengo interesante son mis revólveres... Espera, voy a sacarlos y te los enseñaré... Espera...

El agrimensor fingió buscar en sus bolsillos; pero en aquel instante sucedió lo que nunca se hubiera imaginado, a pesar de toda su cobardía; Klim se lanzó de repente fuera del carro y se fue corriendo en cuatro patas hacia la espesura del bosque lindante.

–¡Socorro! –empezó a gritar–. ¡Auxilio! ¡Llévate el caballo y la carreta, maldito, pero no me condenes el alma! ¡Socorro!

Se oyeron pasos que se alejaban veloces, crujidos de ramas al quebrarse, y luego reinó el silencio. Lo primero que hizo el agrimensor, que no se esperaba aquella situación, fue detener el caballo. Luego se acomodó lo mejor que pudo en el carro y empezó a pensar.

"El muy imbécil ha huido, se ha asustado... Bueno, ¿y ahora qué hago? No puedo seguir adelante, porque no conozco el camino, y, además, podrían creer que he robado el caballo... ¿Qué hago?"

–¡Klim! ¡Klim!

–¡Klim! –le respondió el eco.

La sola idea de tener que pasar la noche en aquel oscuro

bosque, al aire libre, sin más compañía que los aullidos de los lobos, el eco y los relinchos del caballo le ponían la piel de gallina.

–iKlimito! –empezó a gritar–. ¡Amigo! ¿Dónde estás, Klim?

El agrimensor pasó casi dos horas gritando, ya se empezaba a quedar sin voz y se había hecho a la idea de pasar la noche en el bosque, cuando una débil ráfaga de viento llevó hasta sus oídos un lamento.

–iKlim! ¿Eres tú, amigo? ¡Acércate!

–¿No... no me matarás?

–Sólo quise gastarte una broma, querido. ¡Te lo juro! ¡No llevo ningún revólver, créeme! ¡Te he mentado por miedo! ¡Vámonos, por favor! ¡Me estoy helando!

Klim comprendió que si el agrimensor hubiera sido un bandido, como había temido, se habría marchado con el caballo y la carreta sin esperar más. Salió de su escondite y se dirigió hacia el vehículo con paso vacilante.

–¡Vamos! –exclamó el agrimensor–. ¡Sube! Te he jugado una broma inocente y te has asustado como un niño.

–¡Dios te perdone! –gruñó Klim, subiendo al carro–. Si me lo hubiera imaginado, no te hubiera llevado ni por cien rublos de plata. Por poco me muero del susto...

Klim azotó el caballo. El carro tembló. Klim azotó al animal por segunda vez y la carreta se tambaleó. Después del cuarto latigazo, cuando el carro se puso en marcha, el agrimensor se tapó las orejas con el cuello del abrigo y se quedó pensando. Ahora ni el camino ni Klim le parecían peligrosos.



LA MUERTE Y EL OLVIDO

RUBÉN VELA



Deja pasar a los que aún esperan
y escriben en los vidrios
los nombres amados.

Para vivir hay que perder.

Es la voz de los estruendos
cuando dije te amo
y era una palabra fácil
lo que hoy se resiste en mi boca.

Ese rostro que vi, fue mío,
esos vestidos se abrieron a mi paso,
la calle te cruzaba como un paisaje ciego
y allí, allí te veo,
quería tanto verte
que me encierro como un enemigo
en la gran estatura de la noche

Cuando ella regrese
estaré lleno de olvido.

MANERAS DE LUCHAR


RUBÉN VELA



Que no me digan
que escriben simplemente,
que dicen el poema
sin pensarlo siquiera.
Que él nace porque sí.

Es un arduo trabajo,
un oficio de herreros,
un hacerproletario.
Un cansancio que continuará mañana.

Que no me digan
que se hacen poemas sin sudores,
sin una larga y violenta jornada de trabajo.
Tengo las manos como las de un labriego,
duras, gastadas, llenas de poemas.



ANTÓN CHEJOV

Hijo de un comerciante que había nacido siervo, Chéjov nació el 29 de enero de 1860 en Taganrog (Ucrania) y estudió Medicina en la Universidad Estatal de Moscú. Mientras todavía estaba en la universidad publicó relatos y escenas humorísticas en revistas. Casi no ejerció la medicina debido a su éxito como escritor y porque padecía tuberculosis, en aquel tiempo una enfermedad incurable. La primera colección de sus escritos humorísticos, *Relatos de Motley*, apareció en 1886, y su primera obra de teatro, *Ivanov*, se estrenó en Moscú al año siguiente. En 1890 visitó la colonia penitenciaria de la isla de Sajalín, en la costa de Siberia, para escapar de las inquietudes de la vida del intelectual urbano, y posteriormente escribió *La isla de Sajalín* (1891-1893), un relato de su visita. Su frágil salud le llevó a trasladarse en 1897 de su pequeña propiedad cercana a Moscú a Crimea, de clima más cálido. También hizo frecuentes viajes a los balnearios de Europa central. Casi a finales de siglo conoció al actor y productor Konstantín Stanislavski, director del Teatro de Arte de Moscú, que en 1898 representó la obra de Chéjov *La gaviota* (1896). Esta asociación de dramaturgo y director de teatro, que continuó hasta la muerte del autor teatral, permitió la representación de varios de sus dramas en un acto y de sus obras más significativas como *El tío Vania* (1899), *Las tres hermanas* (1901) y *El jardín de los cerezos* (1904). En 1901 se casó con la actriz Olga Knipper, que había actuado en sus obras. Chéjov murió en el balneario alemán de Badweiler la noche del 14-15 de julio de 1904.

RUBÉN VELA

Nació en Santa Fe, en 1928. Estudió en Buenos Aires. En 1949 comenzó a escribir sus primeros poemas. Perteneció al prestigioso movimiento literario que se congregó en torno a la revista Poesía Buenos Aires que dirigió el poeta Raúl Gustavo Aguirre. En 1971 recibió el Premio "Kiwanis" y una medalla de oro por su poema *Mesa de los pecados capitales*. En 1973 se radicó en Brasilia, donde recibió el Premio Internacional del Pen Club de Brasil por su libro *Poemas*. En 1980 lo galardonó el Pen Club de Argentina con la "Pluma de Plata" por su libro *El espejo*. En 1982 recibió el Primer Premio Internacional de Poesía de Palermo (Italia) por su libro *Maneras de luchar*. En los años 1987-89 fue elegido Presidente de la Sociedad Argentina de Escritores y luego integró el Cuerpo Diplomático Argentino. Entre sus obras encontramos: *Introducción a los días*; *Verano*; *Radiante América*; *Escena del prisionero*; *La caída*; *Poemas indianos*; *8 Poetas españoles, generación del realismo social*; *Los secretos*; *La palabra en armas*; *Canciones del nuevo mundo*, entre otros.



MINISTERIO *de*
EDUCACIÓN
PRESIDENCIA *de la* NACIÓN

Campaña Nacional de Lectura



Mar del Plata
Secretaría de Educación - MGP



M

**Municipalidad
de General Alvarado**